

# LOS RETOS DE LA ESCUELA CATÓLICA

1. *Una mirada al contexto.*
2. *Una escuela desde el proyecto*
3. *El papel de la escuela*
4. *Rasgos para afrontar los retos*

## 1. UNA MIRADA AL CONTEXTO

Cualquier reflexión sobre el compromiso misionero de los cristianos tiene que partir de un análisis de la sociedad y del contexto cultural que nos rodea. En el caso del ministerio de la educación católica esto es, si cabe, más necesario, dada la enorme sensibilidad de nuestros alumnos hacia las corrientes y sensibilidades culturales que les rodean. Cada tiempo histórico potencia elementos específicos de la experiencia humana y es conveniente estar atentos a ellos puesto que determinan en gran medida los referentes experienciales de cada momento histórico.

En esa contemplación de nuestro universo cultural no solo buscamos la descripción de sus características sino también el rastro de las nuevas sensibilidades que el Espíritu impulsa en cada momento histórico. El concilio Vaticano II hablaba de los "signos de los tiempos" y a ellos tenemos que acudir para poder plantear una acción educativa que pueda ser significativa en el hoy que todos vivimos.

Sin ánimo de exhaustividad propongo destacar tres grandes características de nuestro entorno cultural. Podrían ser otros, pero encuentro estos elementos significativos para la reflexión educativa.

**a)** La importancia de la consideración del **yo como individuo**, como un reino propio. Este yo se constituye no solo en el gran protagonista de la vida sino que se erige como criterio universal de conducta. Frente a otras posibles consideraciones del yo como integrante de colectivos o de procesos más universales, hoy las personas se sienten como elevadas o más bien seccionadas no solo del contexto presente sino del continuo devenir de la historia. Estamos, según algunos analistas, en la segunda gran revolución individual de la historia. Esta característica tiene mucho que ver con la crisis de los grandes proyectos humanizadores que se inició en los años noventa y que no ha hecho más que profundizarse.

Esta especial sensibilidad individualista debe llevar a la acción educativa a fijarse mucho más en los procesos de construcción personal para educarlos intensamente. Si nuestros alumnos son empujados a un cierto ensimismamiento por la cultura que les rodea, la escuela debe proveerles de los adecuados instrumentos que necesitan para relacionarse con ellos mismos. Es el campo de la interioridad, de la dimensión afectiva de la persona y del engarce de ambas con la dimensión moral. Si su preocupación es el yo, ayudémosles a relacionarse inteligentemente consigo mismos.

**b)** Una convivencia marcada por la **globalidad y la diversidad**. El proceso de globalización que sufre nuestro mundo ha producido, entre otras muchas consecuencias, una mayor cercanía de lo diverso. Hoy, ya sea por la interconexión planetaria o por los fenómenos migratorios en menor medida, lo distinto se ha hecho cercano. No se trata de que el mundo sea ahora más diverso, sino que la sociedad se ha hecho más abierta, y se nos han aproximado religiones, costumbres y modos de vida que antes permanecían más alejados por desconocimiento. Por otra parte la sociedad, en general, camina hacia esquemas morales mucho más abiertos y ciertos modos de vida, opiniones y planteamientos vitales que antes podían estar ocultos tras una cierta homogeneidad, se manifiestan abiertamente. Es un dato que nuestro mundo se está haciendo más tolerante y eso conduce a que las diversidades, antes más ocultas, salgan a la luz.

Las repercusiones de este dato en la educación son de particular importancia. Tendremos que educar para identidades sólidas que vivirán en una absoluta intemperie. El contexto ya no va a asegurar ni a acompañar identidades profundas y comprometidas como es la de la fe cristiana. Por eso la escuela católica debe tomarse en serio la educación para un auténtico diálogo y encuentro entre distintos sin que eso suponga diluir nuestra propia identidad en una sociedad mediocre, permisiva y pragmática. La escuela deberá mostrar la enorme complejidad de los acontecimientos y de la misma vida humana huyendo de reduccionismos que pueden resultar muy clarificadores en un primer momento, pero que se desvanecerán en el primer conflicto vital de nuestros alumnos cuando lleguen a enfrentarse con la vida adulta.

**c)** Un sentimiento vital marcado por la **vulnerabilidad y la incertidumbre**. Nuestro mundo ha pasado en pocas décadas de la confianza absoluta en el futuro por sus creencia en el progreso universal, a una sensación de que el futuro nos tiene reservadas algunas sorpresas desagradables. El paradigma del progreso como condición del desarrollo mejor de la humanidad, que nació con la ilustración y que ha dominado bajo múltiples formas el siglo XIX y buena parte del XX, parece que ha

entrado en crisis. Por todas partes se nos vaticinan peligros y desastres más o menos calamitosos, desde nuestra relación con la naturaleza hasta la propia debilidad del sistema económico que puede estallar, como ya lo ha hecho, en cualquier momento. Muchas personas en nuestras sociedades viven con la sensación de que el mundo no lo gobiernan quienes dicen detentar el poder sino que evoluciona por derroteros poco dominables. Por otra parte la cercanía de lo distinto, como apuntábamos antes, aumenta el temor a lo desconocido. La tragedia del terrorismo mundial no hace más que aumentar todos estos sentimientos de vulnerabilidad e incertidumbre. Nunca la humanidad acumuló tanto saber y tantas posibilidades, pero tampoco nunca la humanidad ha sido tan consciente de su propio poder destructivo.

Frente a estos síntomas de desafección hacia el futuro la escuela católica debe educar en la seguridad de que la vida tiene sentido, que no caminamos hacia un futuro necesariamente de destrucción personal y social. Hoy más que nunca debemos proclamar que la fe en Jesucristo supone la gran seguridad para la vida, y que aporta los elementos imprescindibles para vivir con auténtica felicidad y desarrollo humano. Frente a una vida de temor y sin sentido, una fe de cercanía y liberación por parte de Dios que no solo abre a la autorrealización personal sino al proyecto de una humanidad solidaria.

## **2. UNA ESCUELA DESDE EL PROYECTO**

En situaciones cambiantes como la que nos corresponde vivir la escuela católica debe volver a sus fuentes originales, aquellas de las que manan nuestras creencias más profundas y nuestras energías más renovadas: debemos recrear una escuela desde el proyecto educativo católico para buscar en él las orientaciones más creativas.

El núcleo fundacional de la escuela católica está en la experiencia cristiana, en el encuentro con el Cristo Resucitado, vivido como el Maestro, no solo para la propia vida personal sino para toda la humanidad. La escuela católica se enraiza en la experiencia que el cristiano vive de que el Jesús Maestro supone y significa una buena noticia para toda la humanidad, para todo hombre y toda mujer de todos los tiempos y lugares. El compromiso por la educación católica no es una consecuencia moral de nuestra fe sino una manifestación natural y diría que casi espontánea de la misma. Del encuentro con el Señor brota una buena noticia para la humanidad. Queremos contar a nuestros alumnos que crecer en la cercanía de Cristo es una gracia y una condición de la vida en plenitud.

Pero esta experiencia, para que sea auténtico motor de una acción educativa, debe salir de la intimidad y transformarse en una palabra educativa comunicable, entendible, susceptible de ser captada como una buena noticia en medio de nuestra sociedad abierta y diversa. Este proceso pasa por encarnar esa experiencia en dos elementos claves de la educación: una cosmovisión, es decir, una manera de mirar y considerar nuestro mundo y una antropología, es decir, una mirada y una visión sobre la persona.

Ambas realidades constituyen las dos piezas claves de todo proyecto educativo. Se trata de responder a las preguntas inevitables: ¿cómo creemos que tiene que ser nuestro mundo? ¿cuál es ideal de convivencia con la naturaleza y entre los hombres que queremos desarrollar? ¿cuáles son para nosotros las claves de la auténtica persona? ¿qué modelo de ser persona es el que queremos transmitir a nuestros alumnos como condición de su propio desarrollo auténticamente humano? Esta cosmología y esta antropología acaban concretándose en una serie de valores bien definidos que representan la utopía educativa cristiana. Son los valores que brotan de la experiencia cristiana y que se transforman en una utopía educativa de carácter universal susceptible de ser comunicada pública y abiertamente en el seno de nuestra cultura como una buena noticia para nuestro mundo.

El proyecto de la escuela católica es universal, no está destinado únicamente a los de dentro sino a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Proclamamos con orgullo que procede del encuentro con el Señor, pero eso no lo quita ni un ápice de su valor de mensaje universal. Saber recorrer con sabiduría el camino desde la experiencia personal y comunitaria del encuentro con Jesucristo hasta esa formulación abierta destinada a toda la sociedad de nuestra utopía educativa es nuestra mayor responsabilidad para de verdad ser fieles hoy a nuestro compromiso de educadores católicos. Solo lo haremos bien si somos capaces, al mismo tiempo, de escuchar los gozos y las esperanzas, los temores y las tristezas de nuestro mundo.

La escuela católica necesita constituirse en una escuela desde el proyecto católico recreado por medio de este itinerario que acabamos de describir. No somos un asunto del pasado, ni un proyecto elitista para algunos elegidos, ni siquiera un lugar para preservar de la contaminación a las familias de siempre. No somos tampoco prisioneros de ningún interés económico, de clase o político. Queremos iluminar la vida de nuestros alumnos acompañándolos en su proceso de convertirse en personas autónomas y, por tanto responsables, al servicio de un mundo más justo y solidario.

Este proyecto de la escuela católica que necesita ser concretado en unos valores que delimiten con claridad y, sobre todo, con exigencia y firmeza nuestra práctica

educativa debe convertirse en un decálogo bien interiorizado por todos los que estamos comprometidos en esta misión. Ninguna de nuestras escuelas debe dudar cuando le pregunten por su ideal de mundo y su ideal de persona.

- Queremos **una persona** cuya dignidad está comprometida por el mismo Dios. Una persona imagen de Dios, frente a la cual no vale ningún principio de alienación física, ideológica o espiritual. Una dignidad que se posee desde el mismo origen de la vida humana. Una persona que debe ser desarrollada en todas y cada una de sus dimensiones. Frente a la tendencia unidimensional de nuestra cultura (solo vale lo que se ve) reivindicamos las dimensiones más ocultas: la ética, la estética, la espiritual, la afectiva, la comunicativa, la dimensión del encuentro misericordioso ... Una persona, por tanto, que se debe constituir en sujeto libre y autónomo, capaz de asumir toda la profundidad de su propia vida y orientarla hacia el bien personal y el bien común. Una persona, en fin, llamada a la comunión, alejada de las fuertes tendencias individualistas de nuestra cultura y que considere que su vida está inevitablemente ligada al destino de todo el resto de la humanidad, en especial de aquellos cercanos más necesitados.
- Queremos **un mundo** en el que la igualdad no se vea limitada por la libertad de los que sí pueden elegir. La ecuación igualdad – libertad debe ser siempre conjugada a favor de los que menos posibilidad de elección tienen porque nuestro mundo está llamado a la comunión. El gran banquete que tantas veces aparece en el evangelio prefigura la voluntad de Dios sobre el destino de la humanidad. La escuela católica se compromete firmemente en la eliminación de las barreras y de las fronteras imaginarias. Por eso también queremos un mundo en el que la justicia sea la del bien común, la del bien para el mayor número posible, la del bien global. Un mundo en el que la visión sea el mejor desarrollo posible para todos. Y un mundo natural en el que la primera especie que tenemos que defender es la especie humana en sus elementos más vulnerables: las mujeres y los niños.

Tan importante como desarrollar los valores de persona y de mundo es el compromiso de que ambos, ideal de persona e ideal de mundo, no estén desequilibrados. En realidad son inseparables: qué persona para qué mundo y qué mundo para qué persona. A menudo, cuando nos ponemos en la escuela católica a definir nuestros proyectos educativos dedicamos mucho espacio a definir el modelo de

persona que queremos desarrollar en nuestros alumnos y olvidamos el compromiso de definir bien el tipo de mundo que queremos construir.

Es fundamental que las concreciones de estos valores que constituyen la utopía de la escuela católica no se queden en grandes declaraciones sino que se conviertan en criterios activos en todos los ámbitos educativos de la escuela:

- En el **ámbito educativo académico**, en primer lugar. Corremos el peligro de preservar las áreas de enseñanza-aprendizaje en un coto cerrado como si los contenidos y las metodologías no tuvieran nada que ver con esos valores. Es fácil imaginar, por ejemplo, que una escuela que se crea de verdad la educación en todas las dimensiones de la persona huirá de la preeminencia de las áreas científico-técnicas y dedicará sus mejores esfuerzos y recursos a las dimensiones más claves de la vida humana como son la afectiva, la ética y la espiritual. No es cierto que las áreas de conocimiento se mueven por dinámicas autónomas. No hay enseñanza sin participación de elementos valóricos y, desde luego, no hay aprendizaje sin implicaciones valóricas por parte del que aprende. En este contexto es en el que se debería desarrollar una tarea desgraciadamente olvidada en la escuela católica: el diálogo fe-cultura. Este no debe ser entendido como el diálogo entre sabios de las diferentes disciplinas y los teólogos. Se trata más bien de transmitir a nuestros alumnos la cosmovisión cristiana y eso no se puede llevar a cabo con la mera descripción científica de los saberes. Si hablamos de la vida en ciencias naturales o en biología lo hacemos siempre mostrando la visión cristiana sobre la vida. En el mismo acto de enseñanza no debemos limitarnos a la sistematización de los saberes, sino que debemos comunicar el verdadero sentido cristiano de todo aquello que enseñamos.
- En el **ámbito educativo no académico** donde incluimos todas aquellas actividades educativas que no tienen una relación directa con el currículo: las actividades extracurriculares, los modelos de convivencia y resolución de conflictos, las campañas, las actividades de la acción tutorial, y un largo etcétera. En todo este ámbito la influencia de los valores del proyecto educativo católico debe ser determinante. No podemos montar todo este espacio de la escuela mirando a lo que las familias o la misma sociedad nos pide. Es el lugar para diferenciarnos

abriendo a nuestros alumnos a experiencias valóricas inéditas para ellos, como es el caso, por ejemplo de la educación social.

- Y en el **ámbito educativo pastoral** de una manera especial. Si los dos ámbitos educativos anteriores están bien impregnados de los valores del proyecto educativo católico, este tercero resonará con fuerza y, sobre todo, con la coherencia necesaria. Toda nuestra acción pastoral debe estar imbuida de este ideal de persona y de mundo, intrínsecamente ligados, con el fin de desarrollar en nuestros alumnos un compromiso cristiano personal pero con dimensión misionera.

### 3. EL PAPEL DE LA ESCUELA

Muy a menudo en los últimos años se han visto reflexiones sobre cuál es el papel de la escuela en este mundo tan marcado por la multiplicación de las posibilidades de acceso a la información. Es la pregunta por el papel que le puede quedar a la escuela en este contexto tan cambiante.

Es importante que también desde la escuela católica nos planteemos esta cuestión y deberíamos aprovecharla como una ocasión para reflexionar sobre aquellas aportaciones más nucleares de la escuela que, pase lo que pase, debería asegurar. Puede resultar un interesante ejercicio de purificación y focalización.

Desde mi propia reflexión la propuesta sobre el papel irrenunciable de la escuela se podría articular del siguiente modo:

- El ámbito más específico de la escuela debería consistir hoy en **aportar sentido** y por tanto la escuela debería comprometerse en la tarea de **ofrecer sabiduría**.
- Para eso la escuela tiene que utilizar su mediación fundamental: **la relación educativa**.
- Y para ello la escuela necesita desarrollar una condición indispensable: **una escuela que pro-fesa** porque **con-fiesa**.

#### a) APORTAR SENTIDO

Hablábamos antes de una antropología y una cosmovisión emanadas de la propia experiencia nuclear del encuentro con Cristo. Pues bien, ambas se tienen que convertir en una propuesta de sentido dentro de la escuela tanto en lo que se refiere a

la identidad personal, el sentido de la vida para cada uno, como en lo que se refiere al mismo sentido del mundo, de la naturaleza y de la historia.

Pero este ámbito que debe ocupar la escuela, una vez más, no se puede quedar reducido a grandes definiciones alejadas de lo que realmente se está enseñando y trabajando en la escuela. El gran peligro de la actividad de la enseñanza consiste precisamente en hablar y explicar muy bien los *qués* y que olvidemos enmarcarlos en los *para qué*s. Descendamos a los ejemplos. Lo importante no es que nuestros alumnos conozcan la biología de la sexualidad humana, que la deben conocer, sino que seamos capaces de transmitirles el auténtico sentido humanizador de la experiencia sexual en la vida humana a la luz del evangelio. Lo importante no es que nuestros alumnos aprendan muchas lenguas, que lo deben hacer, sino que capten el sentido fundamental del encuentro, de la comunicación, de querer comprender al otro. Lo importante no es que nuestros alumnos sepan muy bien cómo funciona el circuito de la vida en todas sus manifestaciones, sino que capten e integren en sus vidas el sentido cristiano de la vida en todas sus manifestaciones.

Este paso de lo que se enseña al sentido cristiano de lo que se enseña es el auténtico reto de la escuela católica, muy centrada en ocasiones en asegurar la cantidad de lo que se enseña y menos sensible a perder el tiempo, supuestamente, comunicando el sentido.

En el mundo en el que lo que nos sobran son datos y en el que sufrimos una sobresaturación de información, necesitamos una escuela que ordene, que jerarquice, que dé sentido no solo a la cantidad de información que nos llega sino, sobre todo también, que dé sentido a las propias experiencias vitales que nuestros alumnos van viviendo a lo largo de su vida. No olvidemos que toda esa avalancha de datos y de información disponible no es inocua desde el punto de vista ideológico. Son los intereses económicos o ideológicos los que van graduando el tipo y la cantidad de información que llega. La escuela tiene la obligación de ayudar al alumno a moverse dentro de todo este mundo cada vez más contaminado para ayudarle a distinguir lo auténtico de lo superfluo o manipulado.

En definitiva se trata de acompañar al alumno en su propio proceso de construcción del conocimiento. Todos sabemos que el conocimiento es el resultado de una actividad del alumno en la que intervienen de manera significativa los elementos valorativos. No hay construcción del conocimiento sin implicaciones valóricas que deben estar presentes en el mismo acto de enseñanza-aprendizaje.

Estamos hablando del ámbito de la auténtica sabiduría frente a planteamientos de especialización fraccionada que impiden adquirir una visión de conjunto sobre las claves de la vida humana. Este y no otro es el lugar adecuado del diálogo fe-cultura en la escuela, donde las diferentes materias de enseñanza no se limitan a presentar los datos objetivos sino que ofrecen el sentido de lo que enseñan emanado de la fe y en diálogo y contraste con otras propuestas de sentido presentes en la sociedad. No olvidemos que nuestros alumnos y nosotros mismos nos movemos hoy en una sociedad marcada por la diversidad y pluralidad de ofertas de sentido para la vida.

## **b) LA RELACIÓN EDUCATIVA**

La escuela no debe olvidar que ese proceso que acabamos de describir se lleva a cabo en la misma relación educativa, no como un medio para conseguir aquellos fines sino como el elemento nuclear del acto educativo. Sin relación no hay educación, podrá haber, a lo sumo, una cierta transmisión de conocimiento. En realidad la educación *es* relación de manera intrínseca y constitutiva.

Entiendo por relación educativa *la iniciativa de un adulto que, viviendo y profesando determinadas creencias y sensibilidades en su vida, sale al encuentro del educando para iniciarle en ese universo de verdad, bondad y belleza que él considera de alto valor humanizador.*

Se trata de salir al encuentro de nuestros alumnos desde la felicidad de nuestro propio sentido de la vida cristiano para acompañarles, iniciándolos, en ese universo de valores de nuestra vida. Esto supone que los educadores católicos debemos profundizar en nuestro propio sentido de la vida cristiano, cuidarlo y renovarlo constantemente, de lo contrario nuestro encuentro con los alumnos estará falto de fuerza e intensidad. La pregunta por la educación es siempre una pregunta por el educador.

Nuestro objetivo como educadores consiste en *constituir a nuestros alumnos como sujetos por medio de la auténtica alteridad, es decir, con la mejor combinación posible entre ternura y firmeza.* Ambas son imprescindibles y de su adecuado equilibrio depende la calidad de la educación. Sin ternura, es decir, aceptación incondicional, aceptación de la dignidad de la persona, amor y cariño manifiesto, no hay posibilidad de encuentro educativo. Pero al mismo tiempo se requiere la firmeza que procede de la propia consideración por parte del educador de lo que es bueno y es malo. Una firmeza que se ofrece más como seguridad que como imposición y que debe llevar a

cabo el contraste necesario para que el alumno se constituya en ese sujeto autónomo y libre, con una voluntad que le permita decidir libremente sobre su vida.

Tenemos un modelo perfecto de equilibrio entre ternura y firmeza: Jesús de Nazaret. Nadie como él supo transmitir a todos los que se encontraron con él su amor incondicional al mismo tiempo que recibían la invitación al cambio, a la conversión hacia una nueva vida alejada del mal. Esas son las experiencias que los evangelios nos narran en las personas de Zaqueo, María Magdalena, el mismo Pedro, Nicodemo, la mujer adúltera, la samaritana y tantos otros. Para el educador cristiano el Maestro no es solo maestro para la vida personal sino también para su propia actividad como maestro educador.

### c) PRO-FESAR Y CON- FESAR

Para desarrollar con éxito este papel de la escuela existe una condición indispensable: la escuela debe estar realmente "armada" de proyectos de sentido. Estamos en el terreno de las grandes convicciones y de las creencias.

Es importante que recuperemos una visión exacta y conveniente de la importancia de las creencias en la vida personal y, sobre todo, en la actividad educativa. Las creencias consisten en afirmaciones no demostrables, pero que son tomadas como verdad y a las que adecuamos nuestras conductas. Si yo creo que los inmigrantes en cualquier país son los que generan la delincuencia, afirmación absolutamente imposible de demostrar científicamente, mi conducta ante cualquier inmigrante será de temor y de alejamiento. Si yo creo, en mi práctica educativa, que todos los alumnos son vagos y que tienden siempre a engañar al profesor, afirmación imposible de validar científicamente, mi comportamiento como profesor tenderá a la desconfianza y al control.

Decía Ortega y Gasset que *las ideas se tienen, en las creencias se está*. Pues bien la pregunta es ¿en qué creencias estamos como escuela católica? ¿cuáles son mis creencias como educador cristiano sobre la vida, sobre el mundo? ¿nacieron de verdad mis creencias del evangelio? ¿lo considero como fuente radical de aquellas creencias en las que yo vivo, en las que estoy, y en las creencias que alimentan mi práctica educativa?

La escuela católica necesita urgentemente recuperar la auténtica fuente de sus creencias: el evangelio del Maestro. Estamos muy tentados de pensar la escuela católica a partir de lo que se nos pide desde fuera, de lo que nos va a asegurar el éxito

social y olvidamos nuestra fuente y nuestro sentido. Debemos promover una lectura dinámica de la tradición de la escuela católica renovándola desde su vocación más original. Nacimos con una clara referencia a la fe. Nuestros fundadores llegaron a la educación desde la fe, no lo olvidemos nunca. Desgraciadamente en algunos lugares de la escuela católica estamos en la educación y desde ahí queremos llegar a la fe. Como hemos visto antes, de la experiencia cristiana se deducen directamente proyectos educativos de gran potencial que deberíamos constantemente renovar para seguir siendo fieles a la misión que tenemos dentro de la Iglesia.

Esto significa que debemos inter-cambiar y com-partir de manera sistemática nuestras creencias en todos los niveles de la escuela católica: continental, nacional, congregacional, de escuela, etc. Este itinerario empieza por el esfuerzo de verbalizar de verdad las creencias en las que estamos. A partir de ahí, contrastarlas con la fuente profundizando en su potencial de felicidad, hasta llegar a un proyecto educativo compartido en todos esos niveles. Se trata de con-fesar, es decir compartir nuestras fes, nuestras creencias internamente.

Este proyecto así elaborado debe ser la base de nuestra identidad como escuela católica. No nos salvará en el futuro el pacto pragmático con lo que nos rodea sino el refuerzo de nuestra identidad. Sin identidad no hay futuro, entendiendo la identidad en una dinámica creativa como la que acabamos de describir.

Desde esta identidad la escuela católica sale y se proyecta en la sociedad: de la con-fesión a la pro-fesión. Profesamos públicamente nuestras creencias encarnadas en un proyecto educativo concreto, real y cercano a las necesidades de nuestro mundo. Allí, en la sociedad, nos encontraremos con otras iniciativas educativas públicas o privadas y junto a ellas trabajaremos por el compromiso educativo de nuestros países. Junto con ellos, pero sin perder lo que somos y, sobre todo, lo que tenemos que portar de buena noticia liberadora en nuestro mundo. En este sentido será casi inevitable que nuestra presencia identitaria pública sea en muchas ocasiones profética en medio de un mundo que ha rebajado de manera casi escandalosa sus utopías educativas y sus ideales de vida personal y social.

#### **4. RASGOS PARA AFRONTAR LOS RETOS**

El futuro de la escuela católica depende en gran medida de nuestra fidelidad a los retos del presente. La cuestión es si vivimos el hoy como una continuación degradada

de un pasado que imaginamos más glorioso o más bien estamos ya en este presente acudiendo constantemente a nuestra fuente originaria: Jesús el Maestro.

Podemos, a manera de síntesis, concretar cuáles serían las características de una escuela católica capaz de afrontar sus retos fundamentales:

- Una escuela enraizada de manera radical en sus fuentes de sentido inspiradas en una lectura actualizada del modelo de Jesús como Maestro.
- Una escuela que refuerce su dimensión más antropológico-ética, frente a la tecnológico-instrumental.
- Una escuela centrada en la atención a la persona-individuo colaborando activamente en sus procesos de construcción de la identidad personal, educando en la dimensión ética y moral de la persona, en el camino de las buenas elecciones morales.
- Una escuela que redescubra la dimensión afectiva y sea capaz de educarla frente a tanta solicitud de afectividades interesadas.
- Una escuela que considere la enseñanza como valoración crítica de la información disponible, que la sepa enmarcar en criterios de jerarquización y en una escala de valores y, sobre todo, que considere la enseñanza como un instrumento básico para transmitir el sentido de la vida cristiano.
- Una escuela en la que los alumnos puedan llegar a una adhesión personal, libre y explícita de la fe católica porque la experiencia de la fe es educable como tantas otras experiencias humanas.
- Y una escuela que opte claramente por un conjunto de valores auténticamente humanizadores, constructores de vida personal y de compromiso social:
  - *Sabiduría* frente a *especialización*.
  - *Búsqueda* frente a *seducción*.
  - *Singularidad* frente a *homogeneidad*.
  - *Comunidad* frente a *solipsismo*.
  - *Recogimiento e interioridad* frente a *dispersión*.
  - *Liberación* frente a *resignación*.
  - *Gratuidad* frente a *precio*.
  - *Renuncia* frente a *primacía del yo*.
  - *Sentido objetivo* frente a *subjetivismo radical*.
  - *Utopía* frente a *nihilismo*.

El gran reto de la escuela católica es sin duda, el reto de la fidelidad. Una fidelidad inspirada en la de Jesús el Maestro: fidelidad al Padre que se convierte en una

palabra de buena noticia salvífica para todos los que con Él se encontraron. La escuela católica constituimos una palabra no solo necesaria sino imprescindible en el mundo educativo en todas sociedades y culturas. No somos un vestigio del pasado sino una palabra para el presente.

Una última consideración sobre los retos de la escuela católica. Hoy la propia evolución de las congregaciones religiosas, soporte fundamental hasta ahora de la escuela católica, ha abierto una de las experiencias más interesantes en la Iglesia actual, la de la misión compartida. La escuela católica del futuro también pivotará sobre los laicos y laicas católicos que vivan su compromiso cristiano en el ministerio de la educación. Esta realidad que se va abriendo camino en toda la Iglesia debe ser cuidada y acompañada de manera consciente y profunda. Estamos sin duda ante uno de los signos de los tiempos más apasionantes de esta época que nos toca vivir.